

# Poemas

---

Rubén Darío

## PRÓLOGO

En una mañana fría y húmeda llegué por primera vez al inmenso país de los Estados Unidos. Iba el *steamer* despacio, y la sirena aullaba roncamente por temor de un choque. Quedaba atrás Fire Island con su erecto faro; estábamos frente a Sandy Hook, de donde nos salió al paso el barco de sanidad. El ladrante slang yanqui sonaba por todas partes, bajo el pabellón de bandas y estrellas. El viento frío, los pitos aromadizados, el humo de las chimeneas, el movimiento de las máquinas, las mismas ondas ventrudas de aquel mar estañado, el vapor que caminaba rumbo a la gran bahía, todo decía: *all right*. Entre las brumas se divisaban islas y barcos. Long Island desarrollaba la inmensa cinta de sus costas, y Staten Island, como en el marco de una viñeta, se presentaba en su hermosura, tentando al lápiz, ya que no, por falta de sol, a la máquina fotográfica. Sobre cubierta se agrupan los pasajeros: el comerciante de gruesa

panza, congestionado como un pavo, con encorvadas narices israelitas; el clergyman huesoso, enfundado en su largo levitón negro, cubierto con su ancho sombrero de fieltro, y en la mano una pequeña Biblia; la muchacha que usa gorra de jockey, y que durante toda la travesía ha cantado con voz fonográfica, al són de un banjo; el joven robusto, lampiño como un bebé, y que, aficionado al box, tiene los puños de tal modo, que bien pudiera desquijarrar un rinoceronte de un solo impulso... En los Narrows se alcanza a ver la tierra pintoresca y florida, las fortalezas. Luego, levantando sobre su cabeza la antorcha simbólica, queda a un lado la gigantesca Madona de la Libertad, que tiene por peana un islote. De mi alma brota entonces la salutación:

«A ti, prolífica, enorme, dominadora. A ti, Nuestra Señora de la Libertad. A ti, cuyas mamas de bronce alimentan un sinnúmero de almas y corazones. A ti, que te alzas solitaria y

magnífica sobre tu isla, levantando la divina antorcha. Yo te saludo al paso de mi *steamer*, prosternándome delante de tu majestad. ¡Ave: Good morning! Yo sé, divino icono, ¡oh, magna estatua!, que tu solo nombre, el de la excelsa beldad que encarnas, ha hecho brotar estrellas sobre el mundo, a la manera del *fiat* del Señor. Allí están entre todas, brillantes sobre las listas de la bandera, las que iluminan el vuelo del águila de América, de esta tu América formidable, de ojos azules. Ave, Libertad, llena de fuerza; el Señor es contigo: bendita tú eres. Pero, ¿sabes?, se te ha herido mucho por el mundo, divinidad, manchando tu esplendor. Anda en la tierra otra que ha usurpado tu nombre, y que, en vez de la antorcha, lleva la tea. Aquélla no es la Diana sagrada de las incomparables flechas: es Hécate.»

Hecha mi salutación, mi vista contempla la masa enorme que está al frente, aquella tierra coronada de torres, aquella región de donde casi

sentís que viene un soplo subyugador y terrible: Manhattan, la isla de hierro, Nueva York, la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque. Rodeada de islas menores, tiene cerca a Jersey; y agarrada a Brooklyn con la uña enorme del puente, Brooklyn, que tiene sobre el palpitante pecho de acero un ramillete de campanarios.

Se cree oír la voz de Nueva York, el eco de un vasto soliloquio de cifras. ¡Cuán distinta de la voz de París, cuando uno cree escucharla, al acercarse, halagadora como una canción de amor, de poesía y de juventud! Sobre el suelo de Manhattan parece que va a verse surgir de pronto un colosal Tío Samuel, que llama a los pueblos todos a un inaudito remate, y que el martillo del rematador cae sobre cúpulas y techumbres produciendo un ensordecedor trueno metálico. Antes de entrar al corazón del monstruo, recuerdo la ciudad, que vio en el poema bárbaro el vidente Thogorma:

*Thogorma dans ses yeux vit monter des murailles de fer dont s'enroulaient des spirales des tours et des palais cerclés d'arain sur des blocs lourds; ruche énorme, géhenne aux lúgubres entrailles où s'engouffraint les Forts, princes des anciens jours.*

Semejantes a los Fuertes de los días antiguos, viven en sus torres de piedra, de hierro y de cristal, los hombres de Manhattan.

En su fabulosa Babel, gritan, mugen, resuenan, braman, conmueven la Bolsa, la locomotora, la fragua, el banco, la imprenta, el dock y la urna electoral. El edificio Produce Exchange, entre sus muros de hierro y granito, reúne tantas almas cuantas hacen un pueblo... He allí Broadway. Se experimenta casi una impresión dolorosa; sentís el dominio del vértigo. Por un gran canal, cuyos lados los forman casas monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrio y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerciantes, corredores, caballos, tranvías, ómnibus, hombres-sandwichs vesti-

dos de anuncios y mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la inmensa arteria en su hervor continuo, llega a sentirse la angustia de ciertas pesadillas. Reina la vida del hormiguero: un hormiguero de percherones gigantescos, de carros monstruosos, de toda clase de vehículos. El vendedor de periódicos, rosado y risueño, salta como un gorrión, de tranvía en tranvía, y grita al pasajero *¡intanrsooonwood!*, lo que quiere decir, si gustáis comprar cualquiera de esos tres diarios, el *Evening Telegram*, el *Sun* o el *World*. El ruido es mareador y se siente en el aire una trepidación incesante; el repiqueteo de los cascos, el vuelo sonoro de las ruedas, parece a cada instante aumentarse. Temeríase a cada momento un choque, un fracaso, si no se conociese que este inmenso río que corre con una fuerza de alud, lleva en sus ondas la exactitud de una máquina. En lo más intrincado de la muchedumbre, en lo más convulsivo y crespado de la ola en movimiento, sucede que una lady anciana, bajo su capota negra, o una miss rubia,

o una nodriza con su bebé, quiere pasar de una acera a otra. Un corpulento policeman alza la mano; detiéndose el torrente; pasa la dama; ¡all right!

«Esos cíclopes...», dice Groussac; «esos feroces calibanes...», escribe Peladan. ¿Tuvo razón el raro Sar al llamar así a estos hombres de la América del Norte? Calibán reina en la isla de Manhattan, en San Francisco, en Boston, en Washington, en todo el país. Ha conseguido establecer el imperio de la materia desde su estado misterioso con Edison, hasta la apoteosis del puerco, en esa abrumadora ciudad de Chicago. Calibán se satura de wishky, como en el drama de Shakespeare de vino; se desarrolla y crece; y sin ser esclavo de ningún Próspero, ni martirizado por ningún genio del aire, engorda y se multiplica. Su nombre es Legión. Por voluntad de Dios suele brotar de entre esos poderosos monstruos algún sér de superior naturaleza, que tiende las alas a la eterna Miranda de



lo ideal. Entonces, Calibán mueve contra él a Sycorax, y se le destierra o se le mata. Esto vio el mundo con Edgar Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muerte...

¿Por qué vino tu imagen a mi memoria, Stella, alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse a leer los versos de Poe, cuyo nombre de Edgar, armonioso y legendario, encierra tan vaga y triste poesía, y he visto desfilar la procesión de sus castas enamoradas a través del polvo de plata de un místico ensueño? Es porque tu eres hermana de las liliales vírgenes, cantadas en brumosa lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos. Tú como ellas eres llama del infinito amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas, por donde en el Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la

maravilla de tu virtud, ¡oh, mi ángel consolador; oh, mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña, venida de allá, de los marea lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia, de cabellos de oro y ojos de violeta, que dirige al Cielo su mirada; la tercera es Leonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén distante; la otra es Francés, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra es Ulalume, cuya sombra yerra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío lago de Auber; la otra Helen, la que fué vista por la primera vez a la luz de perla de la Luna; la otra Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra Annabel Lee, que amó con un amor envidia de los serafines del Cielo; la otra Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin, meditabunda, envuelta en un velo de extraterrestre esplendor... Ellas son, cándido coro de ideales oceánidos, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo amarrado a

la montaña Yankee, cuyo cuervo, más cruel aunque el buitre esquiliano, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado, apuñaleándole con la monótona palabra de la desesperanza. Así tú para mí. En medio de los martirios de la vida, me refrescas y alientas con el aire de tus alas, porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento la venida de tu sér inmortal, cuando las fuerzas me faltan o cuando el dolor tiende hacia mí el negro arco. Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nombre luminoso y simbólico surge en el cielo de mis noches como un incomparable guía, y por claridad inefable llevo el incienso y la mirra a la cuna de la eterna Esperanza.

## EL HOMBRE

La influencia de Poe en el arte universal ha sido suficientemente honda y trascendente para que su nombre y su obra no sean a la continua

recordados. Desde su muerte acá, no hay año casi en que, ya en el libro o en la revista, no se ocupen del excelso poeta americano, críticos, ensayistas y poetas. La obra de Ingram iluminó la vida del hombre; nada puede aumentar la gloria del soñador maravilloso. Por cierto que la publicación de aquel libro, cuya traducción a nuestra lengua hay que agradecer al Sr. Mayer, estaba destinada al grueso público.

¿Es que en el número de los escogidos, de los aristócratas del espíritu, no estaba ya pesado en su propio valor, el odioso fárrago del canino Griswold? La infame autopsia moral que se hizo del ilustre difunto debía tener esa bella protesta. Ha de ver ya el mundo libre de mancha al cisne inmaculado.

Poe, como un Ariel hecho hombre, diríase que ha pasado su vida bajo el flotante influjo de un extraño misterio. Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota

imaginación tan estupenda. El dón mitológico parece nacer en él por lejano atavismo, y vese en su poesía un claro rayo del país del sol y azul en que nacieron sus antepasados. Renace en él el alma caballeresca de los Le Poer alabados en las crónicas de Generaldo Gambresio. Arnoldo Le Poer lanza en la Irlanda de 1327 este terrible insulto al caballero Mauricio de Desmond: «Sois un rimador.» Por lo cual se empuñan las espadas y se traba una riña, que es el prólogo de guerra sangrienta.

Cinco siglos después, un descendiente del provocativo Arnoldo, glorificará a su raza, erigiendo sobre el rico pedestal de la lengua inglesa, y en un nuevo mundo, el palacio de oro de sus rimas.

El noble abolengo de Poe; ciertamente, no interesa sino a «aquellos que tienen gusto de averiguar los efectos producidos por el país y el linaje en las peculiaridades mentales y constitucionales de los hombres de genio» según las

palabras de la noble Sra. Whitman. Por lo demás, es él quien hoy da valer y honra a todos los pastores protestantes, tenderos, rentistas o mercachifles que llevan su apellido en la tierra del honorable padre de su patria Jorge Washington.

Sábese que en el linaje del poeta hubo un bravo sir Rogerio, que batalló en compañía de Strongbow, un osado, sir Arnoldo, que defendió a una *lady*, acusada de bruja; una mujer heroica y viril, la célebre *Condesa* del tiempo de Cromwell; y pasado sobre enredos genealógicos antiguos, un General de los Estados Unidos, su abuelo. Después de todo, ese sér trágico, de historia tan extraña y romancesca, dio su primer vagido entre las coronas marchitas de una comedianta, la cual le dio vida bajo el imperio del más ardiente amor. La pobre artista había quedado huérfana desde muy tierna edad. Amaba el teatro, era inteligente y bella, y

de esa dulce gracia nació el pálido y melancólico visionario que dio al arte un mundo nuevo.

Poe nació con el envidiable dón de la belleza corporal. De todos los retratos que he visto suyos, ninguno da idea de aquella especial hermosura que en descripciones han dejado muchas de las personas que le conocieron. No hay duda que en toda la iconografía poeana, el retrato que debe representarle mejor es el que sirvió a Mr. Clarke para publicar un grabado que copiaba al poeta en el tiempo en que éste trabajaba en la empresa de aquel caballero. El mismo Clarke protestó contra los falsos retratos de Poe, que después de su muerte publicaron. Si no tanto como los que calumniaron su hermosa alma poética, los que desfiguran la belleza de su rostro son dignos de la más justa censura. De todos los retratos que han llegado a mis manos, los que más me han llamado la atención son el de Chiffart, publicado en la edición ilustrada de Quantin, de los *Cuentos extra-*

*ordinarios*, y el grabado por R. Loncup, para la traducción del libro de Ingram por Mayer. En ambos, Poe ha llegado ya a la edad madura. No es, por cierto, aquel gallardo jovencito sensitivo que al conocer a Elena Stannard, quedó trémulo y sin voz como el Dante de la *Vita Nuova*...

Es el hombre que ha sufrido ya, que conoce por sus propias desgarradas carnes cómo hieren las asperezas de la vida. En el primero, el artista parece haber querido hacer una cabeza simbólica. En los ojos, casi ornitomorfos, en el aire, en la expresión trágica del rostro, Chiffart ha intentado pintar al autor del *Cuervo*, al visionario, al *unhappy Master*, más que al hombre. En el segundo hay más realidad: esa mirada triste, de tristeza contagiosa, esa boca apretada, ese vago gesto de dolor y esa frente ancha y magnífica en donde se entronizó la palidez fatal del sufrimiento, pintan al desgraciado en sus días de mayor infortunio, quizá en los que precedieron a su muerte. Los otros retratos, como el de Hal-



pin para la edición de Amstrong, nos dan ya tipos de lechuguinos de la época, ya caras que nada tienen que ver con la cabeza bella e inteligente de que habla Clark. Nada más cierto que la observación de Gautier:

«Es raro que un poeta, dice, que un artista sea conocido bajo su primer encantador aspecto. La reputación no le viene, sino muy tarde, cuando ya las fatigas del estudio, la lucha por la vida y las torturas de las pasiones han alterado su fisonomía primitiva; apenas deja sino una máscara usada, marchita, donde cada dolor ha puesto por estigma una magulladura o una arruga.»

Desde niño, Poe «prometía una gran belleza.»

Sus compañeros de colegio hablan de su agilidad y robustez. Su imaginación y su temperamento nervioso estaban contrapesados por la fuerza de sus músculos. El amable y delicado ángel de poesía sabía dar excelentes puñetazos.

Más tarde dirá de él una buena señora: «Era un muchacho bonito.»

Cuando entra a West Point hace notar en él un colega, Mr. Gibson, su «mirada cansada, tediosa y hastiada.» Ya en su edad viril, recuérdale el bibliófilo Gowans: «Poe tenía un exterior notablemente agradable y que predisponía en su favor: lo que las damas llamarían claramente bello.» Una persona que le oye recitar en Boston, dice: «Era la mejor realización de un poeta, en su fisonomía, aire y manera.» Un precioso retrato es hecho de mano femenina: «Una talla algo menos que de altura mediana, quizá, pero tan perfectamente proporcionada y coronada por una cabeza tan noble, llevada tan regiamente, que, a mi juicio de muchacha, causaba la impresión de una estatura dominante. Esos claros y melancólicos ojos parecían mirar desde una eminencia....». Otra dama recuerda la extraña impresión de sus ojos: «Los ojos de Poe, en verdad, eran el rasgo que más impresionaba,

y era a ellos a los que su cara debía su atractivo peculiar. Jamás he visto otros ojos que en algo se le parecieran. Eran grandes, con pestañas largas y un negro de azabache: el iris acero gris, poseía una cristalina claridad y transparencia, a través de la cual la pupila negra azabache se veía expandirse y contraerse, con toda sombra de pensamiento o de emoción. Observé que los párpados jamás se contraían, como es tan usual en la mayor parte de las personas, principalmente cuando hablan; pero su mirada siempre era llena, abierta y sin encogimiento ni emoción. Su expresión habitual era soñadora y triste: algunas veces tenía un modo de dirigir una mirada ligera, de soslayo, sobre alguna persona que no le observaba a él, y, con una mirada tranquila y fija, parecía que mentalmente estaba midiendo el calibre de la persona que estaba ajena de ello.—¡Qué ojos tan tremendos tiene el señor Poe!—me dijo una señora. Me hace helar la sangre el verle darse vuelta lentamente y fijarlos sobre mí cuando estoy hablando».

La misma agrega: «Usaba un bigote negro, esmeradamente cuidado, pero que no cubría completamente una expresión ligeramente contraída de la boca y una tensión ocasional del labio superior, que se asemejaba a una expresión de mofa. Esta mofa era fácilmente excitada y se manifestaba por un movimiento del labio, apenas perceptible, y sin embargo, intensamente expresivo. No había en ella nada de malevolencia, pero sí mucho sarcasmo». Sábese, pues, que aquella alma potente y extraña estaba encerrada en hermoso vaso. Parece que la distinción y dotes físicas deberían ser nativas en todos los portadores de la lira. ¿Apolo, el crinado numen lírico, no es el prototipo de la belleza viril? Mas no todos sus hijos nacen con dote tan espléndido. Los privilegiados se llaman Goethe, Byron, Lamartine, Poe.

Nuestro poeta, por su organización vigorosa y cultivada, pudo resistir esa terrible dolencia que un médico escritor llama con gran propie-

dad «la enfermedad del ensueño». Era un sublime apasionado, un nervioso, uno de esos divinos semilocos necesarios para el progreso humano, lamentables cristos del arte, que por amor al eterno ideal tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz. Nació con la adorable llama de la poesía, y ella le alimentaba al propio tiempo que era su martirio. Desde niño quedó huérfano y le recogió un hombre que jamás podría conocer el valor intelectual de su hijo adoptivo. El Sr. Allan—cuyo nombre pasará al porvenir al brillo del nombre del poeta—jamás pudo imaginarse que el pobre muchacho recitador de versos que alegraba las veladas de su *home*, fuese más tarde un egregio príncipe del Arte. En Poe reina el *ensueño* desde la niñez. Cuando el viaje de su protector le lleva a Londres, la escuela del dómine Brondeby es para él como un lugar fantástico que despierta en su sér extrañas reminiscencias; después, en la fuerza de su genio, el recuerdo de aquella morada y del viejo profesor han de hacerle

producir una de sus subyugadoras páginas. Por una parte, posee en su fuerte cerebro la facultad musical; por otra, la fuerza matemática. Su *ensueño* está poblado de quimeras y de cifras como la carta de un astrólogo. Vuelto a América, vémosle en la escuela de Clarke, en Richmond, en donde al mismo tiempo que se nutre de clásicos y recita odas latinas, boxea y llega a ser algo como un *champion* estudiantil; en la carrera hubiera dejado atrás a Atalanta, y aspiraba a los lauros natatorios de Byron. Pero si brilla y descuella intelectual y físicamente entre sus compañeros, los hijos de familia de la fofa aristocracia del lugar miran por encima del hombro al hijo de la cómica. ¿Cuánta no ha de haber sido la hiel que tuvo que devorar este sér exquisito, humillado por un origen del cual en días posteriores habría orgullosamente de gloriarse? Son esos primeros golpes los que empezaron a cincelar el pliegue amargo y sarcástico de sus labios. Desde muy temprano conoció las asechanzas del lobo racional. Por eso buscaba la

comunicación con la Naturaleza, tan sana y fortalecedora. «Odio, sobre todo, y detesto este animal que se llama Hombre», escribía Swift a Poe. Poe, a su vez, habla «de la mezquina amistad y de la fidelidad de polvillo de fruta (gossamer fidelity) del mero hombre». Ya en el libro de Job, *Eliphaz Themanita*, exclama: «¿Cuánto más el hombre abominable y vil que bebe como la inquietud?».

No buscó el lírico americano el apoyo de la oración; no era creyente, o, al menos, su alma estaba alejada del misticismo. A lo cual da por razón James Russell Lowell lo que podría llamarse la matematicidad de su cerebración. «Hasta su misterio es matemático para su propio espíritu». La Ciencia impide al poeta penetrar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales. Su necesidad de análisis, la condición algebraica de su fantasía, hácele producir tristísimos efectos cuando nos arrastra al borde de lo desconocido. La especulación fi-

losófica nubló en él la fe, que debiera poseer como todo poeta verdadero. En todas sus obras, si mal no recuerdo, sólo unas dos veces está escrito el nombre de Cristo. Profesaba, sí, la moral cristiana; y en cuanto a los destinos del hombre, creía en una ley divina, en un fallo inexorable. En él la ecuación dominaba a la creencia, y aun en lo referente a Dios y sus tributos, pensaba con Spinoza que las cosas invisibles y todo lo que es objeto del entendimiento no puede percibirse de otro modo que por los ojos de la demostración; olvidando la profunda afirmación filosófica: *Intellectus noster sic ¿de habet? ad prima entium quæ sunt manifestissima in natura, sicut oculus vespertillionis ad solem*. No creía en lo sobrenatural, según confesión propia; pero afirmaba que Dios, como Creador de la Naturaleza, puede, si quiere, modificarla. En la narración de la metempsícosis de Ligeia hay una definición de Dios, tomada de Granwill, que parece ser sustentada por Poe: Dios no es más que una gran voluntad que penetra todas



las cosas por la naturaleza de su intensidad. Lo cual estaba ya dicho por Santo Tomás en estas palabras: «Si las cosas mismas no determinan el fin para sí, porque desconocen la razón del fin, es necesario que se les determine el fin por otro que sea determinador de la Naturaleza. Este es el que previene todas las cosas, que es sér por sí mismo necesario, y a éste llamamos Dios...» En la *Revelación Magnética*, a vuelta de divagaciones filosóficas, Mr. Vankirk—que, como casi todos los personajes de Poe, es Poe mismo—afirma la existencia de un Dios material, al cual llama materia suprema e imparticulada. Pero agrega: «La materia imparticulada, o sea Dios en estado de reposo, es en lo que entra en nuestra comprensión, lo que los hombres llaman espíritu». En el diálogo entre Oinos y Agathos pretende sondear el misterio de la divina inteligencia; así como en los de Monos y Una y de Eros y Charmion penetra en la desconocida sombra de la Muerte, produciendo, como po-

cos, extraños vislumbres en su concepción del espíritu en el espacio y en el tiempo.

Rubén Darío.

# POEMAS

## ANNABEL LEE

Hace ya bastantes años, en un reino más allá de la mar vivía una niña que podéis conocer

con el nombre de Annabel Lee. Esa niña vivía sin ningún otro pensamiento que amarme y ser amada por mí.

—

Yo era un niño y ella era una niña en ese reino más allá de la mar; pero Annabel Lee y yo nos amábamos con un amor que era más

que el amor; un amor tan poderoso que los serafines del cielo nos envidiaban, a ella y a mí.

—

Y esa fué la razón por la cual, hace ya bastante

tiempo, en ese reino más allá de la mar un soplo descendió de una nube, y heló a mi

bella Annabel Lee; de suerte que sus padres  
vinieron y se la llevaron lejos de mí para en-  
cerrarla  
en un sepulcro, en ese reino más allá de  
la mar.

—

Los ángeles que en el cielo no se sentían ni  
la mitad de lo felices que éramos nosotros,  
nos  
envidiaban nuestra alegría a ella y a mí. He  
ahí  
porque (como cada uno lo sabe en ese reino  
más allá de la mar) un soplo descendió des-  
de  
la noche de una nube, helando a mi Annabel  
Lee.

—

Pero nuestro amor era más fuerte que el  
amor de aquellos que nos aventajan en edad  
y en saber, y ni los ángeles del cielo ni los  
demonios  
de los abismos de la mar podrán separar

jamás mi alma del alma de la bella Annabel  
Lee.

—

Porque la luna jamás resplandece sin traer-  
me  
recuerdos de la bella Annabel Lee; y cuando  
las estrellas se levantan, creo ver brillar los  
ojos de la bella Annabel Lee; y así paso lar-  
gas  
noches tendido al lado de mi querida,—mi  
querida, mi vida y mi compañera,—que  
está acostada en su sepulcro más allá de la  
mar,  
en su tumba, al borde de la mar quejumbro-  
sa.  
1849.

A MI MADRE  
(Soneto)

---

Porque siento que allá arriba, en el cielo, los  
ángeles que se hablan dulcemente al oído,  
no  
pueden encontrar entre sus radiantes pala-  
bras  
de amor una expresión más ferviente que la  
de  
«madre», he ahí por qué, desde hace largo  
tiempo os llamo con ese nombre querido, a ti  
que eres para mí más que una madre y que  
llenáis el santuario de mi corazón en el que  
la  
muerte os ha instalado, al libertar el alma de  
mi Virginia. Mi madre, mi propia madre,  
que  
murió en buena hora, no era sino mi madre.  
Pero vos fuisteis la madre de aquella que  
quise  
tan tiernamente, y por eso mismo me sois

más querida que la madre que conocí, más  
querida que todo, lo mismo que mi mujer  
era  
más amada por mi alma que lo que esta  
misma  
amaba su propia vida.

## PARA ANNIE

---

¡Gracias a Dios! la crisis, el mal ha pasado y la lánguida enfermedad ha desaparecido por fin, y la fiebre llamada «vivir» está vencida.

---

Tristemente, sé que estoy desposeído de mi fuerza, y no muevo un músculo mientras estoy tendido, todo a lo largo. Pero, ¿qué importa? Siento que voy mejor paulatinamente.

---

Y reposo tan tranquilamente, en el presente, en mi lecho, que a contemplarme se me creería muerto, y podría estremecer al que me viera, creyéndome muerto.

---

Las lamentaciones y los gemidos, los suspiros y las lágrimas son apaciguadas entre tanto por esta horrible palpitación de mi corazón;



¡ah, esta horrible palpitación!

La incomodidad,—el disgusto—el cruel sufrimiento—han cesado con la fiebre que enloquecía mi cerebro, con la fiebre llamada «vivir» que consumía mi cerebro.

---

Y de todos los tormentos, aquel que más tortura ha cesado: el terrible tormento de la sed por la corriente oscura de una pasión maldita.

He bebido de un agua que apaga toda sed.

---

He bebido de un agua que corre con sonido arrullador, de una fuente subterránea pero poco profunda, de una caverna que no está muy lejos, bajo tierra.

¡Ah! que no sea dicho jamás: mi cuarto está oscuro, mi lecho es estrecho; porque

jamás ningún hombre durmió en lecho  
igual—y  
para dormir verdaderamente, es en un  
lecho como éste en el que hay que acostarse.



Mi alma tantalizada reposa dulcemente  
aquí,  
olvidando, sin recordarlas jamás, sus rosas,  
sus  
antiguas ansias de mirtos y de rosas.



Pues ahora, mientras reposa tan tranquila-  
mente,  
imagina a su alrededor, una más santa  
fragancia de pensamientos, una fragancia de  
romero mezclado a pensamientos, a sabor  
callejero  
y al de los bellos y rígidos pensamientos.



Y así yace ella, dichosamente sumergida  
en recuerdos perennes de la constancia y de  
la

belleza de Annie, anegada en un beso a las  
trenzas  
de Annie.

---

Tiernamente me abraza, apasionadamente  
me acaricia. Y entonces caigo dulcemente  
adormecido sobre su seno, profundamente  
adormido  
del cielo de su seno.

---

Y así reposo tan tranquilamente en mi le-  
cho—conociendo  
su amor—que me creéis muerto.  
Y así reposo, tan serenamente en mi lecho,—  
con  
su amor en mi corazón,—que me creéis  
muerto, que os estremecéis al verme,  
creyéndome  
muerto.

---

Pero mi corazón es más brillante que todas  
las estrellas del cielo, porque brilla para An-

nie,  
abrasado por la luz del amor de mi Annie,  
por  
el recuerdo de los bellos ojos luminosos de  
mi  
Annie....  
1849.

## ELDORADO

---

Brillantemente ataviado, un galante caballero,  
viajó largo tiempo al sol y a la sombra,  
cantando su canción, a la busca del Eldorado.

---

Pero llegó a viejo, el animoso caballero, y  
sobre su corazón cayó la noche porque en  
ninguna  
parte encontró la tierra del Eldorado.

---

Y al fin, cuando le faltaron las fuerzas, pudo  
hallar una sombra peregrina.—Sombra,—le  
preguntó—¿dónde podría estar esa tierra del  
Eldorado?

---

—«Más allá de las montañas de la Luna, en  
el fondo del valle de las sombras; cabalgad,  
cabalgad sin descanso—respondió la som-

bra,—si  
buscáis el Eldorado....».  
1849.

## EULALIA

---

Vivía sólo en un mundo de lamentaciones y  
mi alma era una onda estancada, hasta que  
la bella y dulce Eulalia llegó a ser mi pudo-  
rosa

compañera, hasta que la joven Eulalia, la de  
los cabellos de oro, llegó a ser mi sonriente  
compañera.

---

¡Ah! las estrellas de la noche brillan bastante  
menos que los ojos de esa radiante niña!

Y jamás girón de vapor emergido en un iri-  
sado

claro de luna, podrá compararse al bucle  
más

descuidado de la modesta Eulalia, podrá  
compararse al bucle más humilde y más  
descuidado

de Eulalia, la de los brillantes ojos!

---

La duda y la pena no me invaden jamás,  
ahora, porque su alma me entrega suspiro  
por

suspiro. Y durante todo el día, Astarté res-  
plandece

brillante y fuerte en el cielo, en tanto que  
siempre hacia ella, mi querida Eulalia, levanta

sus ojos de esposa, en tanto que siempre  
hacia

ella mi joven Eulalia eleva sus bellos ojos  
violetas!...

1845.



## UN ENSUEÑO EN UN ENSUEÑO

---

Recibid este beso en la frente. Y ahora que os dejo, permitidme por lo menos confesar esto:

no os agraviéis, vos que estimáis que mis días

han sido un ensueño. Entretanto, si la esperanza

se ha ido, en una noche o en un día, en una visión o en un sueño, ¿se ha ido menos

por eso? Todo lo que vemos o nos parece, no es sino un ensueño en un ensueño!

---

Me encuentro en medio de los bramidos de una costa atormentada por la resaca, y tengo en la mano granos de arena de oro. ¡Cuán poco es! ¡Y cómo se deslizan a través de mis dedos hacia el abismo, mientras lloro, mientras

lloro! ¡Dios mío, ¿no puedo retenerlos en un

nudo más seguro? ¡Dios mío!, ¿no podré salvar uno solo del cruel vacío? ¿Todo lo que vemos o nos parece no es otra cosa que un ensueño en un ensueño?

1849.

## LA CIUDAD EN EL MAR

---

¡Ved! La Muerte se ha erigido un trono,  
en una extraña ciudad que se levanta, solita-  
ria,  
muy lejos, en el sombrío occidente, donde  
los buenos y los malos, los peores y los me-  
jores  
han ido hacia la paz eterna. Allí los templos,  
los palacios y las torres—torres carcomidas  
por el tiempo, y que no tiemblan nunca,—no  
se parecen en nada a las nuestras. A su alre-  
dedor,  
olvidadas por los vientos que no las agitan  
jamás resignadas bajo los cielos, reposan las  
aguas melancólicas.

---

Desde el cielo sagrado, ningún rayo des-  
ciende  
en la negra noche de esa ciudad; pero un  
resplandor  
reflejado por la lívida mar, invade las

torres, brilla silenciosamente sobre las almenas,  
a lo hondo y a lo largo, sobre las cúpulas,  
sobre  
las cimas, sobre los palacios reales, sobre los  
templos, sobre las murallas babilónicas, sobre  
la soledad sombría y desde largo tiempo  
abandonada,  
de los macizos de hiedra esculpida y  
de flores de piedra—sobre tanto y tanto  
templo  
maravilloso en cuyos frisos contorneados se  
entrelazan claveles, violetas y viñas.



Bajo el cielo, resignadas, reposan las aguas  
melancólicas. Las torres y las sombras se  
confunden  
de tal modo que todo parece suspendido  
en el aire, mientras que desde una torre  
orgullosa, la Muerte como un espectro gi-

gante,  
contempla la ciudad que yace a sus pies.

—

Allá los templos abiertos y las tumbas sin lo-  
sa

bostezan al nivel de las aguas luminosas; pe-  
ro

ni las riquezas que se muestran en los ojos  
adiamantados de cada ídolo, ni los cadáve-  
res

con sus rientes adornos de joyas, quitan a las  
aguas de su lecho; ninguna ondulación  
arruga,

¡ay de mí! todo ese vasto desierto de cristal;  
ninguna ola indica que los vientos puedan  
existir sobre otros mares lejanos y más feli-  
ces;

ninguna ola, ninguna ola deja suponer que  
han

existido vientos sobre mares menos horro-  
ramente  
serenos.

---

Pero, he ahí que un estremecimiento agita  
el aire. Una onda, un movimiento se ha pro-  
ducido,

allá abajo. Se diría que las torres se han  
bamboleado y se hunden, dulcemente, en la  
onda taciturna, como si las cimas hubieran  
producido un ligero vacío en el cielo brumo-  
so.

Entonces las ondas tienen una luz más roja,  
las horas transcurren sordas y lánguidas. Y  
cuando en medio de gemidos que no tengan  
nada de terrestres, esta ciudad sea engullida  
por fin y profundamente fijada bajo la mar,  
todavía, levantándose sobre sus mil tronos,  
el

Infierno le rendirá homenaje.

1845.

## LA DURMIENTE



En el mes de Junio, a media noche me encuentro

bajo la mística luna. Un oscuro vapor de opio y de rocío se exhala de su halo de oro, y dulcemente, filtrando por la cumbre tranquila

de la montaña, resbala perezosa y armoniosamente

por el valle universal. El romero se adormece sobre la tumba, el lis se inclina hacia

la onda. Envolviéndose en la bruma se hunde en el reposo. Ved, como parecido al Leteo, el lago parece adormecerse a sabiendas

y por nada del mundo quisiera despertar. Toda belleza duerme. Y ved donde reposa— su

ventana abierta a los cielos,—Irene, con sus destinos.



¡Oh brillante princesa! ¿por qué dejar esa  
ventana abierta a la noche? Los espíritus ju-  
guetones,  
desde lo alto de los árboles se filtran  
a través de la persiana. Los seres incorpóre-  
os,  
turba de magos, revolotean a través de la  
cámara  
y hacen flotar las cortinas del dosel, tan  
fantásticamente, tan tímidamente, por enci-  
ma  
de tu párpado cerrado y franjeado,—bajo el  
cual  
se esconde tu alma adormecida—que sobre  
el piso, al pie del muro, sus sombras se le-  
vantán  
y descienden como una ronda de fantasmas.



Querida niña, ¿no tienes miedo? ¿Por qué,  
y con qué sueñas? Has venido, ciertamente,  
de



mares muy lejanos; ¿no eres una maravilla  
para  
los árboles de ese jardín? Extraña es tu pali-  
dez,  
extraño tu vestido, extraña sobre todo, la  
longitud de tus cabellos, y todo este silencio  
solemne.

---

¡Ella duerme! ¡Oh! puede que su sueño sea  
tan profundo como durable!; ¡que el cielo la  
tenga en su santa guardia! ¡Que esta cámara  
sea transformada en una más melancólica y  
yo  
rogaré a Dios que la deje dormir para siem-  
pre,  
los ojos cerrados, mientras que a su alrede-  
dor  
errarán los fantasmas de oscuros velos!

---

Mi amor: ¡ella duerme! ¡Que su sueño eterno  
pueda ser profundo! ¡Que los gusanos se  
deslicen

dulcemente a su alrededor! ¡Que en el fondo  
del bosque viejo y sombrío, alguna gran  
tumba pueda abrirse para ella, alguna gran  
tumba que haya cerrado otras veces como  
alas  
sus negros «panneaux» triunfantes, por en-  
cima  
de los estandartes funerarios bordados con  
las armas de su ilustre familia;—alguna  
tumba  
lejana y aislada contra la portada de la cual  
ella haya en su infancia lanzado tantas pie-  
dras  
ociosas;—algún sepulcro cuya puerta sonora  
no le devuelva jamás nuevos ecos, a ella, po-  
bre  
hija del pecado, que en otro tiempo se es-  
tremecía  
al pensamiento de que fueran los muertos  
quienes le respondiesen gimiendo!  
1845.

## BALADA NUPCIAL

---

El anillo está en mi dedo y la corona sobre mi frente; he aquí que poseo rasos y joyas en abundancia, y en el presente instante soy feliz.

---

Y mi Señor me ama bien; pero la primera vez que pronunció su voto sentí estremecerse mi pecho, porque sus palabras sonaron como un toque de agonía y su voz se parecía a la de aquel que cayó durante la batalla en el fondo del valle, y que es dichoso ahora.

---

Pero habló de modo de tranquilizarme y besó mi frente pálida. Entonces un delirio vino y me transportó en espíritu al cementerio. Y

pensando que mi Señor era el difunto Elormie,  
suspiré por él que estaba delante de mi: ¡oh  
yo soy dichosa ahora!

---

Así fueron pronunciadas las palabras, y así  
fué empeñado el juramento. Y aunque mi fe  
se haya apagado, y aunque mi corazón lle-  
gue  
a quebrarse, he ahí la dorada prenda que  
prueba  
que soy dichosa siempre.

---

¡Quiera Dios que pueda despertar! Porque  
sueño no sé cómo. Y mi alma se agita dolo-  
rosamente  
en el temor de haber hecho mal, en  
el temor de llegar a saber que el muerto  
abandonado  
no es feliz ahora.  
1845.

## EL COLISEO

---

¡Símbolo de la Roma antigua! ¡Suntuoso relicario

de sublimes contemplaciones legadas al tiempo por difuntos siglos de pompa y de poderío!!

Al fin, después de tantos días de fatigante peregrinaje y de ardiente sed,—sed de corrientes

de la ciencia que yace en ti,—yo, hombre transformado, me arrodillo humildemente entre

tus sombras y bebo del fondo mismo de mi alma tu grandeza, tu tristeza y tu gloria.

---

¡Inmensidad, y edad, y recuerdos de antes! Silencio y desolación y profunda noche! Os percibo ahora y os siento en toda vuestra fuerza.

¡Oh sortilegios más eficaces que aquellos que el rey de Judea enseñó en los jardines de

## Gethsemaní!

¡Oh encantos más poderosos que los  
que la Caldea encantada arrancó jamás a las  
tranquilas estrellas!



Aquí, en donde cayó un héroe, cae una co-  
lumna!

Aquí, en donde el águila teatral brillaba,  
cubierta de oro, el oscuro murciélago  
hace su aquelarre de media noche. Aquí, en  
donde la cabellera dorada de las damas ro-  
manas

flotaba al viento, se balancean ahora el  
cardo y la caña. Aquí, en donde el monarca  
se inclinaba sobre su trono de oro, el ágil y  
silencioso lagarto se desliza como un espec-  
tro

hacia su casa de mármol, al pálido resplan-  
dor  
del creciente lunar.



Pero, oíd. Esos muros, esas arcadas revesti-  
das  
de hiedra, esos zócalos musgosos, esas co-  
lumnas  
ennegrecidas, esos vagos relieves, esos  
frisos ruinosos, esas cornisas rotas, ese nau-  
fragio,  
esa ruina, esas piedras grises, ¡ay! ¿es  
esto todo lo que queda de famoso y de colo-  
sal?

¿es esto todo lo que las horas corrosivas han  
perdonado, todo lo que ellos nos han dejado  
al  
Destino y a mi?

—

«No. No es todo,—me responden los ecos,—  
no  
es todo. Voces fuertes y proféticas se levantan  
para siempre en nosotros y en toda ruina  
a la intención de los sabios, parecidas a los  
himnos de Memnon al Sol! Reinamos en los

corazones de los hombres más poderosos;  
reinamos  
con despótico imperio sobre todas las  
almas gigantes. No somos impotentes noso-  
tras,  
pálidas piedras. Todo nuestro poderío  
no ha desaparecido,—ni toda nuestra glo-  
ria,—ni  
todo el prestigio de nuestro alto renombre,  
ni todo lo maravilloso que nos circunda, ni  
todos los misterios que moran en noso-  
tros,—ni  
todos los recuerdos que se prenden en nues-  
tros  
flancos como un vestido, envolviéndonos  
con un manto que es más que la gloria!  
1833.



## EL GUSANO VENCEDOR

---

¡Ved!; es noche de gala en estos últimos  
años solitarios. Una multitud de ángeles  
alados,  
adornados con velos y anegados en lágrimas,  
se halla reunida en un teatro para contemplar  
un drama de esperanzas y de temores mientras  
la orquesta suspira por intervalos la música  
de  
las esferas.

---

Actores creados a la imagen del Altísimo,  
murmuran en voz baja y saltan de un lado al  
otro; pobres fantoches que van y vienen a  
órdenes  
de vastas creaturas informes que cambian  
la decoración a su capricho, sacudiendo con

sus  
alas de cóndor a la invisible desgracia.

—

Este drama abigarrado—estad seguro que  
no será olvidado,—con su fantasma perse-  
guido  
siempre por una muchedumbre que no pue-  
de  
atraparlo, en un círculo que gira siempre so-  
bre  
sí mismo y vuelve sin cesar al mismo punto;  
ese drama en el cual forman el alma de la in-  
triga  
mucho locura y todavía más pecado y  
horror!....

—

Pero ved, a través de la bulla de los actores  
como una forma rampante hace su entrada!  
Una cosa roja, color sanguinolento viene re-  
torciéndose  
de la parte solitaria de la escena.  
¡Cómo se retuerce! Con mortales angustias

los actores constituyen su presa, y los ánge-  
les  
sollozan viendo esas mandíbulas de gusano  
teñirse en sangre humana.



Todas las luces se apagan, todas, todas.  
Sobre cada forma todavía tiritante, el telón,  
como un paño mortuorio, desciende con un  
ruido  
de tempestad. Y los ángeles, todos pálidos  
y macilentos se levantan y cubriéndose  
afirman  
que ese drama es una tragedia que se  
llama «El Hombre» de la cual el héroe es el  
Gusano Vencedor....!  
1838.

## A ELENA

---

Elena, tu belleza es para mí como esas barcas  
niceanas de otro tiempo que sobre una mar  
profunda llevaban dulcemente al viajero,  
cansado,  
hacia su ribera natal.

---

Largo tiempo habituado a errar sobre mares  
desesperados, tu cabellera de jacinto, tu  
clásico  
perfil, tus cantos de náyade me han trans-  
portado  
al corazón de aquella gloria que fué la  
Grecia, de aquella grandeza que fué Roma.

---

¡Oh! allá abajo, en la espléndida abertura  
de esa ventana, como eres parecida a una es-  
tatua,  
de pie, tu lámpara de ágata en la mano.  
¡Oh Psiquis, tu que me has llegado de esas

regiones  
que son la Tierra Bendita!....  
1831.

# A LA CIENCIA

## Soneto



¡Oh Ciencia! tu eres la verdadera hija del  
viejo tiempo, tu, cuya mirada indiscreta  
transforma

todas las cosas! ¿Por qué haces tu presa  
del corazón del poeta, oh buitre, cuyas alas  
son

las sombrías realidades? ¿Cómo podría él  
amarte? Como te creería sabia si no has  
querido dejarlo vagar en sus ensueños en  
busca

de tesoros en el seno de los cielos constela-  
dos,  
por más de que hasta allí subiera con ala in-  
trépida?

¿No has arrancado Diana a su carro,  
y obligado a las hamadriadas de la selva a  
buscar

un asilo en alguna otra estrella más feliz?  
¿No has sacado a la náyade de su ola, al elfo

de  
su pradera verde y a mí mismo no me has  
arrebatado  
mi sueño estival bajo los tamarindos?  
1829.

## A LA SEÑORITA \* \* \*

—

¿Qué me importa si mi suerte terrestre no encierra en mí mismo más que una pequeña cosa de esta tierra? ¿qué me importa si años de amor son olvidados en un momento de odio?

—

No lloro en forma alguna porque los desolados

sean más dichosos que yo, pequeña, sino porque veo que os afligís por el destino de éste

que no es sino un transeúnte sobre la tierra...

1829.



A LA SEÑORITA \* \* \*

—  
Las umbrías bajo las cuales veo, en mis en-  
sueños,  
los más traviosos pájaros cantores, son  
labios; y toda la melodía de tu voz no es  
hecha  
sino por palabras creadas por tus labios.

—  
De tus ojos, engastados en el santuario celes-  
te  
de tu corazón, caen las miradas desoladas  
ahora, ¡oh Dios!, sobre mi espíritu fúnebre,  
como la luz de una estrella sobre un sudario.

—  
¡Tu corazón, tu corazón! Me despierto y  
suspiro y vuelvo a dormirme para ensoñar  
hasta el día de la verdad, que el oro,—capaz  
de  
tantas locuras,—no podrá jamás comprar.  
1829.

## AL RÍO

---

¡Bello río! en tu clara y brillante onda de cristal, agua vagabunda, eres un emblema del esplendor de la belleza, un emblema del corazón que no se esconde ahora, un emblema de la alegre fantasía de arte en casa de la hija del viejo Alberto.

---

Pero mientras ella mira en tu corriente,—que resplandece y tiembla, ¿por qué el más hermoso de todos ríos recuerda a uno de sus adoradores? Es porque en su corazón como en tu onda, su imagen está profundamente grabada; en su corazón que tiembla bajo el brillo de sus ojos que buscan el alma!

1829.

## CANCIÓN

—

Te vi en tu día nupcial, cuando un intenso  
pudor invadía tu frente, aunque todo fuera  
alegría alrededor de ti y que, delante tuyo,

no

fuera el mundo sino Amor.

—

En la vivificante luz que brillaba en tus  
ojos,—haya  
sido cual haya sido su esencia,—encontré  
todo lo que mi mirada dolorosa pudo hallar  
de encantador sobre la tierra.

—

Ese pudor no era, quizá, sino pudor virgi-  
nal—pudo  
muy bien pasar por tal,—aunque su esplendor  
haya hecho nacer una llama más impetuosa  
todavía en el seno de aquel que, ¡pobre de él!  
te vio en tu día nupcial, cuando tu frente se  
cubría de ese rubor invencible, a pesar de

que  
estuvieras rodeada de dicha y que el mundo  
no fuera sino amor ante ti!

1827.

## LOS ESPÍRITUS DE LOS MUERTOS

---

Tu alma se encontrará sola, cautiva de los  
negros pensamientos de la gris piedra tum-  
bal;  
ninguna persona te inquietará en tus horas  
de  
recogimiento.

---

Quédate silenciosamente en esa soledad que  
no es abandono,—porque los espíritus de los  
muertos que existieron antes que tú en la vi-  
da,  
te alcanzarán y te rodearán en la muerte,—y  
la sombra proyectada sobre tu cara obede-  
cerá  
a su voluntad; por lo tanto, permanece tran-  
quilo.

---

Aunque serena, la noche fruncirá su ceño,  
y las estrellas, de lo alto de sus tronos celes-  
tes,

no bajarán más sus miradas con un resplandor  
parecido al de la esperanza que se concede a los mortales; pero sus órbitas rojas, desprovistas  
de todo rayo, serán para tu corazón marchito  
como una quemadura, como una fiebre que querrá unirse a ti para siempre.



Ahora, te visitan pensamientos que no ahuyentarás  
jamás; ahora surgen ante ti visiones que no se desvanecerán jamás; jamás ellas dejarán  
tu espíritu, pero se fijarán como gotas de rocío sobre la hierba.



La brisa,—esa respiración de Dios,—reposa inmóvil, y la bruma que se extiende como una  
sombra sobre la colina,—como una sombra

cuyo  
velo no se ha desgarrado todavía,—resulta  
así  
un símbolo y un signo. Como logra perma-  
necer  
suspendida a los árboles, ese es el misterio  
de los misterios!  
1827.

## LA ROMANZA

---

¡Oh romanza que gustas cantar, la frente  
adormecida y las alas plegadas, entre las  
hojas

verdes agitadas a lo lejos sobre algún lago  
umbrío, tú has sido para mí un papagayo de  
vivos colores, un pájaro muy familiar; tú  
me has enseñado a leer mi alfabeto, a balbu-  
cear

todas mis primeras palabras, mientras  
que, niño de mirada sagaz, me hundía en  
huraños  
bosques.

---

En estos últimos tiempos, el eterno Cóndor  
de los tiempos ha estremecido de tal modo  
mi

cielo hasta en sus alturas, agrandando el  
tumulto

producido por el pasaje y la huida de  
los años, y tengo tan obstinadamente los ojos



fijos en el inquietante horizonte, que no me  
queda tiempo para mis dulces ocios.

## EL REINO DE LAS HADAS

---

Valles oscuros, torrentes umbríos, bosques  
nebulosos en los cuales nadie puede descu-  
brir

las formas a causa de las lágrimas que gota a  
gota se lloran de todas partes! Allá, lunas  
desmesuradas

crecen y decrecen, siempre, ahora,  
siempre, a cada instante de la noche, cam-  
biando

siempre de lugar, y bajo el hálito de sus fa-  
ces

pálidas ellas oscurecen el resplandor de las  
temblorosas estrellas. Hacia la duodécima  
hora del cuadrante nocturno una luna más  
nebulosa que las otras,—de una especie que  
las

hadas han probado ser la mejor,—desciende  
hasta bajo el horizonte y pone su centro so-  
bre

la corona de una eminencia de montañas,

mientras

que su vasta circunferencia se esparce en  
vestiduras flotantes sobre los caseríos, sobre

las

mismas mansiones distantes, sobre bosques  
extraños, sobre la mar, sobre los espíritus

que

danzan, sobre cada cosa adormecida, y los

sepulta

completamente en un laberinto de luz.

Y entonces, ¡cuán profundo es el éxtasis de  
ese su sueño! De mañana, ellas se levantan, y

su

velo lunar vuela por los cielos mientras se

agitan

como pálido albatros al soplo de la tempes-

tad

que las sacude como a casi todas las cosas.

Pero cuando las hadas que se han refugiado

bajo esa luna de la que se han servido, por

así

decirlo, como de una tienda, la dejan, no

pueden  
jamás volver a encontrar abrigo. Y los áto-  
mos  
de ese astro se dispersan y se convierten  
bien  
pronto en una lluvia, de la cual las maripo-  
sas  
de esta tierra, que buscan en vano los cielos  
y vuelven a descender,—¡criaturas jamás  
satisfechas!—nos devuelven partículas a ve-  
ces  
sobre sus alas estremecidas.  
1831.

## EL LAGO

---

En la primavera de mi juventud, fué mi destino  
no frecuentar de todo el vasto mundo sino  
un solo lugar que amaba más que todos los  
otros,  
tanta era de amable la soledad de su lago  
salvaje,  
rodeado por negros peñascos y de altos  
pinos que dominaban sus alrededores.

---

Pero cuando la noche tendía su sudario sobre  
ese lugar como sobre todas las cosas, y se  
agregaba  
el místico viento murmurando su melodía,  
entonces, ¡oh, entonces se despertaba  
siempre en mí el terror por ese lago solitario!

---

Y sin embargo ese terror no era miedo, sino  
una turbación deliciosa, un sentimiento que

ninguna mina de piedras preciosas podría  
inspirarme  
o convidarme a definir, ni el amor  
mismo, aunque ese amor fuera el tuyo.



La muerte reinaba en el seno de esa onda  
envenenada, y en su remolino había una  
tumba  
bien hecha para aquel que pudiera beber en  
ella un consuelo a su imaginación taciturna,  
para  
aquel cuya alma desamparada pudiera  
haberse  
hecho un Edén de ese lago velado.  
1827.

## LA ESTRELLA DE LA TARDE

---

Era en el corazón del verano y en medio de  
la noche. Las estrellas marchando en sus  
órbitas

brillaban con un pálido resplandor a través  
de la luz más viva de la fría luna, mientras  
que

ésta, rodeada de los planetas, sus esclavos,  
lanzaba desde lo alto de los cielos, sus rayos  
sobre las olas.

---

Yo contemplaba su triste sonrisa, demasiado  
fría, demasiado fría para mí. Una nube oscu-  
ra

vino a pasar, semejante a un sudario, y fué  
entonces que me volví hacia ti, Estrella del  
Sur, orgullosa en tu gloria lejana. Y ahora  
me será más querida tu luz, porque lo que  
me

traes de más magnificante a través del cielo  
nocturno, es la alegría de mi corazón, y yo

prefiero  
tu discreto y lejano resplandor a esa llama  
cercana pero más fría!  
1827.



## EL DÍA MÁS FELIZ

---

El día más feliz, la hora más dichosa, los ha  
conocido mi corazón agotado y marchito;  
pero  
siento que ha desaparecido ya mi más alta  
esperanza  
de orgullo y de poderío.

---

¿He dicho de poderío? Sí. Pero desde hace  
largo tiempo, ¡ay de mí! se han desvanecido  
los bellos ensueños de la juventud; han pa-  
sado  
ya: dejémoslos que se desvanezcan!

---

Y tú, orgullo, ¿qué haré de ti ahora? Otra  
frente puede bien heredar el veneno que me  
has dado. Que por lo menos mi espíritu  
permanezca  
tranquilo.

---

El día más hermoso, la hora más feliz que  
mis  
ojos hayan visto y hayan podido ver jamás,  
mi más brillante mirada de orgullo y de po-  
derío,  
todo eso ha existido pero ya no existe; yo  
lo siento.

—

Y si esa esperanza de orgullo y de poderío  
me fuera ofrecida ahora acompañada de un  
dolor semejante al que experimento, no qui-  
siera  
revivir esa hora brillante.

—

Porque bajo su ala llevaba una oscura  
mezcla y mientras volaba, dejaba caer una  
esencia todopoderosa para consumir un al-  
ma que  
tan bien la conocía.

1827.

## IMITACIÓN

---

Una ola insondable de invencible orgullo,  
un misterio y un sueño, tal debió parecer mi  
primera edad. Yo añado que ese sueño esta-

ba

atravesado por un pensamiento huraño,  
siempre

despierto, de seres que han existido, y que  
mi

espíritu no hubiera apercibido jamás si los  
hubiera dejado pasar cerca de mi, bajo mi  
ensoñadora

pupila. Que ningún otro, acá abajo,  
herede esta visión de mi espíritu, de esos  
pensamientos

que a cada instante quisiera dominar  
y que se extienden como un hechizo sobre  
mi

alma. Porque, al fin, esa brillante esperanza  
y ese tiempo liviano se han ido, y mi reposo  
terrestre, me ha dejado, él también, con un

suspiro, al pasar. Entre tanto, no me preocu-  
po

de que él perezca con un pensamiento que  
entonces amaba....!

1827.

# LAS CAMPANAS

I

Por el aire se dilata  
alegre campanilleo...  
Son las campanas de plata  
del trineo...

¡Oh, qué mundo de alegría expresa su melodía!

¡Qué retintín de cristal  
en el ambiente glacial!  
Mientras las luces astrales  
que titilan en los cielos  
se miran en los cristales  
de los hielos,  
y sube la nota única  
como un ágil rima rúnica  
que allá en la noche serena  
va dilatando sus ecos por el último confín,  
y la campanilla suena  
dilín, dilín...  
¡Melodiosa y cristalina  
suena, suena,

suenas, suenas, suenas, suenas  
la nota ágil y argentina  
con metálico y alegre y límpido retintín!

II

¡Escuchad! Un dulce coro  
puebla la atmósfera toda:  
son las campanas de oro  
de la boda.

¡Qué mundo de venturanza la plácida nota  
lanza

Su voz como una caricia  
o como un suave reproche  
desgrana en la calma noche  
las perlas de su delicia.

Son las áureas notas una fuente de ledos  
murmullos

o el enamorado arrullo de la tórtola: la Luna  
en la dormida laguna vierte miradas de plata,  
y en el éter y en las linfas palpita la serenata...

¡Y cómo en el aire flota  
la áurea nota!  
¡Cómo brota,  
cual dice la dicha ignota,  
en el balsámico efluvio de noche primaveral!  
¡Y cuán dulce y cuán sonoro,  
—din dan, din dan—,  
es el coro,  
—din dan, din dan—,  
de la campana de oro,  
que en su lengua musical  
celebrando está el misterio de la noche nup-  
cial.

### III

¡Turba el nocturno sosiego  
súbita alarma, y entonces  
a gran campana de bronce  
toca a fuego!  
¡Qué terrífica pavura la siniestra nota augu-  
ra!  
Es desesperado ruego  
desgarrador y tenaz

al rojo elemento ciego  
cada instante más frenético, cada instante  
más voraz!

En indescriptible pánico  
el cataclismo volcánico  
con rauda impulso titánico  
avanza, la campanada alarido es de terror;  
sigue el bronce, sigue el bronce con su cla-  
moroso estruendo

diciendo  
cuál crece el peligro horrendo,  
cuál se inflama  
la llama,  
y la Luna como forma de sangriento ta-  
bernáculo,

alumbra el rojo espectáculo  
en su fantástico horror.  
Y el bronce alarmante clama,  
clama, clama  
como se extiende la injuria  
del incendio y crece en furia,  
y es ya locura el pavor...



Bajo cielos escarlatas se extiende inflamado  
manto,  
el espanto  
en tanto  
crece, y sigue la campana de su rebato el  
clamor.

¡Y en ese rebato armígero,  
—dan dan, dan dan—,  
crece el estrago flamígero  
—dan dan, dan dan—,  
al són violento que dan  
las campanas de la torre que tocando a fuego  
están!

#### IV

Dobla y dobla lentamente  
negra campana de hierro  
que invita con són doliente  
al entierro.  
¡Qué solemnes pensamientos despiertan  
esos acentos!  
Del lento y triste sonido

cada toque, cada nota  
en el vago viento flota  
como doliente gemido,  
y de la noche en la calma  
el melancólico són,  
siente estremecida el alma  
cual solemne admonición.

¡Se desprenden esos dobles lúgubres y fune-  
rarios

de los altos campanarios  
en fúnebre vibración;

en esos dobles alienta algún espíritu irónico  
que a cada nota que zumba,  
con agrio gesto sardónico  
rueda implacable y derrumba  
y oprime con todo el peso de la piedra de  
una tumba

el humano corazón!

¡Quienes tañen las campanas de los toques  
funerales

no son pobres campaneros, no son sencillos  
mortales,

son espectros sepulcrales!  
¡Y es el Rey de los espectros quien toca con  
más tesón!

Pausado, implacable, lento  
su toque a cada momento  
resuena como un lamento  
pregonando la hora única  
en extraña rima rúnica,  
y parece que sintiera intenso placer diabólico  
co

en este toque simbólico  
de muerte y desolación.  
—Din dan, din don—,  
—din dan, din don—,  
dobla, dobla el són monótono, dobla el to-  
que funeral,  
y el Rey espectro su gozo  
refina en este sollozo,  
en este intenso suspiro  
que en su giro  
remeda el doble augural  
que va recordando al hombre de su existen-

cia el final.

El toque sigue y no cesa  
y vibra en el alma opresa  
sordamente como un cuerpo que cayera en  
una huesa...

—¡Din dan, din don—,  
resuena en el corazón,  
—din dan, din don—,  
de la campana que dobla el lento y lúgubre  
són!

# ULALUME

## I

Los cielos cenicientos y sombríos,  
crespas las hojas, lívidas y mustias,  
y era una noche del doliente octubre  
del tiempo inmemorial entre las brumas,  
era en las tristes márgenes del Auber,  
el lago tenebroso de aguas mudas,  
ante los bosques tétricos del Weir,  
la región espectral de la pavura.

## II

A solas con mi alma, recorría  
avenida titánica y oscura  
de fúnebres cipreses... con mi alma,  
con Psiquis, alma que, al misterio turba...  
Era la edad del corazón volcánico  
como las llamas del Yanek sulfúreas,  
como las lavas del Yanek que brotan  
allá del polo en la región nocturna.

## III

Pocas palabras nos dijimos, era como una confidencia íntima y muda; palabras serias, pensamientos graves que la memoria para siempre turban; no recordamos que era el triste octubre, que era la noche (¡noche infausta y única!) no recordamos la región del Auber que tanto conoció mi desventura, ni el bosque fantasmático del Weir, la región espectral de la papura.

#### IV

Y cuando la noche ya avanza  
de estrellas al vago tremer,  
al fin de la oscura avenida  
un lánguido rayo se ve,  
fulgor diamantino que anuncia  
de fúnebre velo al través,  
que emerge de nube fantástica  
la Luna, la blanca Astarté.

#### V

Y yo dije a mi alma: «Más que Diana ardiente, aquella misteriosa Luna rueda al través de un éter de suspiros; lágrimas de su faz una por una caen donde el gusano nunca muere.

Para mostrarnos la celeste ruta y el alma imperio de la paz Letea atrás dejó al león en las alturas, del león las estrellas traspasando, del león a despecho, ora nos busca y sus miradas límpidas y dulces son las miradas que el amor anuncian.»

## VI

Mas Psiquis dijo señalando al Cielo: «La palidez de ese astro me conturba; pronto, huyamos de aquí, pronto, es preciso.»

Y de sus alas recogió las plumas con intenso terror, y sollozando, presa de pronto de invencible angustia

plegó las alas, hasta el polvo frío  
lentas dejando descender las plumas.

## VII

Y yo le dije: «Tu terror es vano,  
sigamos esa luz trémula y pura,  
que nos bañen sus rayos cristalinos,  
sus rayos sibilinos que ya auguran  
e irradian la belleza y la esperanza.  
Mira: la senda de los cielos busca;  
sigamos sin temor sus limpios rayos  
que ellos a playa llevarán segura,  
sigamos esa luz limpia y tranquila  
a través de la bóveda cerúlea.

## VIII

Tranquilicé a mi Psiquis, y besándola,  
de su mente aparté las inquietudes  
y sus zozobras disipé profundas,  
y convencerla que siguiera pude.  
Llegamos hasta el fin; ¡ojalá nunca  
llegara! Al fin de la avenida lúgubre



nos detuvo la puerta de una tumba  
(¡oh, triste noche del lejano octubre!)  
nos detuvo la losa de una tumba,  
de legendario monumento fúnebre.  
¡Oh, hermana!—dije—¿Qué inscripción con-  
fusa  
en la sellada losa se descubre?  
Respondiome: «Ulalume», esta es su tumba,  
¡la tumba de tu pálida Ulalume!

## IX

Quedó mi corazón como ese Cielo  
ceniciento, como esas hojas mustias,  
como esas hojas yertas y crispadas...  
¡Ay! pensé: el mismo octubre fué, sin duda  
fué en esa misma noche cuando vine  
al través del horror y de la bruma  
aquí trayendo mi doliente carga...  
¡Oh, noche infausta, infausta cual ninguna!  
¡Oh! ¿Qué infernal espíritu me trajo  
a esta región fatal de la tristura?  
Bien reconozco el mudo lago de Auber,

y esta comarca que el horror anubla,  
y el bosque fantasmático de Weir,  
la región espectral de la pavora!

ESTRELLAS FIJAS  
(TO HELEN)

I

Te vi un punto;  
era una noche de julio, noche tibia y perfu-  
mada,  
noche diáfana,  
de la Luna plena y límpida,  
límpida como tu alma,  
descendían  
sobre el parque adormecido gráciles velos de  
plata;  
ni una ráfaga  
el infinito silencio  
y la quietud perturbaban;  
en el parque  
evaporaban las rosas los perfumes de sus  
almas,  
para que los recogieras  
en aquella noche mágica;  
para que tú lo aspiraras su último aliento

exhalaban,  
como en una muerte extática;  
y era una selva encantada,  
y era una noche de ensueños y claridades  
fantásticas!

II

¡Toda de blanco vestida,  
toda blanca  
sobre un banco de violetas  
reclinada  
te veía,  
y a las rosas moribundas y a ti una luz tenue  
y diáfana  
alumbraba  
luz de perla diluida  
en un éter de suspiros y de evaporadas  
lágrimas!

III

¿Qué hado extraño  
(¿fué ventura, fué desgracia?)  
me condujo

aquella noche hasta el parque de las rosas  
que exhalaban  
los suspiros perfumados  
de su alma?  
Ni una hoja  
susurraba;  
no se oía  
una pisada,  
todo mudo,  
todo en calma,  
todo en sueño  
menos tú y yo (¡cuál me agito al unir las dos  
palabras!)  
menos tú y yo. De repente  
todo cambia.  
De la Luna la luz límpida, la luz de perla se  
apaga,  
el perfume de las rosas muere en las dormi-  
das auras,  
los senderos se oscurecen  
expiran las violas castas,  
menos tú y yo, todo huye, todo muere, todo

pasa...

¡Todo se apaga y se extingue menos tus  
hondas miradas,  
tus dos ojos donde arde  
tu alma!

Y sólo veo entre sombras aquellos ojos...  
¡Oh, amada!

¡Qué tristezas extrahumanas,  
qué irreales

leyendas de amor relatan!

¡Qué misteriosos dolores,  
qué sublimes esperanzas,  
qué mudas renunciaciones

expresan aquellos ojos que en las sombras fi-  
jan en mí sus miradas!

#### IV

¡Noche oscura,  
ya Diana

entre turbios nubarrones hundió la faz pla-  
teada;  
y tú sola

en medio de la avenida  
funeraria,  
te deslizas

ideal, mística y blanca,  
te deslizas y te alejas incorpórea cual fan-  
tasma;

sólo flotan tus miradas,  
sólo tus ojos perennes,  
tus ojos de hondas miradas  
fijos quedan!

A través de los espacios y los tiempos mar-  
can, marcan  
mi sendero, y no me dejan cual me dejó la  
esperanza.

¡Van siguiéndome,  
siguiéndome  
como dos estrellas cándidas,  
cual fijas estrellas dobles en el Cielo apareaa-  
das!

En la noche  
solitaria  
purifican con sus rayos y mi corazón abra-

san  
y me prosterno ante ellos con adoración  
extática;  
y en el día  
no se ocultan cual se ocultó mi esperanza;  
por todas partes me siguen mirándome fija-  
mente  
en mi espíritu clavadas...  
¡Misteriosas y lejanas  
me persiguen tus miradas  
como dos estrellas fijas, como dos estrellas  
tristes,  
como dos estrellas blancas!



# DREAMLAND

## I

En una senda abandonada y triste  
que recorren tan sólo ángeles malos,  
una extraña Deidad la negra Noche  
ha erigido su trono solitario;  
allí llegué una vez; crucé atrevido  
de Thule ignota los contornos vagos  
y al Reino entré que extiende sus confines  
fuera del Tiempo y fuera del Espacio.

## II

Valles sin lindes, mares sin riberas,  
cavernas, bosques densos y titánicos,  
montañas que a los cielos desafían  
y hunden la base en insondables lagos,  
en lagos insondables siempre mudos  
de misteriosos bordes escarpados,  
gélidos lagos, cuyas muertas aguas  
un Cielo copian tétrico y extraño.

### III

Orillas de esos lagos que reflejan  
siempre un Cielo fatídico y huracán  
cerca de aquellos bosques gigantescos,  
enfrente de esos negros océanos,  
al pie de aquellos montes formidables,  
de esas cavernas en los hondos antros,  
vense a veces fantasmas silenciosos  
que pasan a lo lejos sollozando,  
fúnebres y dolientes... ¡son aquellos  
amigos que por siempre nos dejaron,  
caros amigos para siempre idos,  
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

### IV

Para el alma nutrida de pesares,  
para el transido corazón, acaso  
es el asilo de la paz suprema,  
del reposo y la calma en Eldorado.  
Pero el viajero que azorado cruza  
la región no contempla sin espantos

que a los mortales ojos sus misterios  
perennemente seguirán sellados,  
así lo quiere la Deidad sombría  
que tiene allí su imperio incontrastado.

V

Por esa senda desolada y triste  
que recorren tan sólo ángeles malos,  
senda fatal donde la Diosa Noche  
ha erigido su trono solitario,  
donde la inexplorada, última Thule  
esfuma en sombras sus contornos vagos,  
con el alma abrumada de pesares,  
transido el corazón, he paseado...  
¡He paseado en pos de los que huyeron  
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

## EL CUERVO

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,  
sobre más de un raro infolio de olvidados  
cronicones  
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente  
a mi puerta oí llamar:  
como si alguien, suavemente, se pusiese con  
incierta  
mano tímida a tocar:  
«Es—me dije—una visita que llamando está  
a mi puerta:  
eso es todo, ¡y nada más!»

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes  
del hielo,  
y su espectro cada brasa moribunda enviaba  
al suelo.

Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura  
procurando en vano hallar

tregua a la honda desventura de la muerte  
de Leonora,  
la radiante, la sin par  
virgen pura a quien Leonora las querubes  
llaman hora  
ya sin nombre... ¡nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas col-  
gaduras  
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavu-  
ras,  
de tal modo, que el latido de mi pecho palpi-  
tante  
procurando dominar,  
«es, sin duda, un visitante—repetía con ins-  
tancia—  
que a mi alcoba quiere entrar;  
un tardío visitante a las puertas de mi estan-  
cia...  
eso es todo, ¡y nada más!»

Paso a paso, fuerza y bríos

fué mi espíritu cobrando:  
«Caballero—dije—o dama:  
mil perdones os demando;  
mas, el caso es que dormía,  
y con tanta gentileza  
me vinisteis a llamar,  
y con tal delicadeza  
y tan tímida constancia  
os pusisteis a tocar  
que no oí»—dije—y las puertas  
abrí al punto de mi estancia;  
¡sombras sólo y...  
nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar  
haciendo empeños,  
quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjan-  
do sueños;  
más profundo era el silencio, y la calma no  
acusaba  
ruido alguno... Resonar  
sólo un nombre se escuchaba que en voz ba-

ja a aquella hora  
yo me puse a murmurar,  
y que el eco repetía como un soplo: ¡Leono-  
ra!...

esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en tur-  
bulencia

pronto oí llamar de nuevo—esta vez con  
más violencia,

«De seguro—dije—es algo que se posa en mi  
persiana;

pues, veamos de encontrar

la razón abierta y llana de este caso raro y  
serio

y el enigma averiguar.

¡Corazón! Calma un instante y aclaremos el  
misterio...

—Es el viento—y nada más!»

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y gar-  
bo extraño

entró un cuervo majestuoso de la sacra edad

de antaño.

Sin pararse ni un instante ni señales dar de  
susto,  
con aspecto señorial,  
fué a posarse sobre un busto de Minerva que  
ornamenta  
de mi puerta el cabezal;  
sobre el busto que de Palas la figura repre-  
senta,  
fué y posose—¡y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas  
mi tristeza  
con su grave, torva y seria decorosa gentile-  
za;  
y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de  
seguro  
no eres cuervo nocturnal,  
viejo, infausto cuervo oscuro, vagabundo en  
la tiniebla...

Dime:—«¿Cuál tu nombre, cuál  
en el reino plutoniano de la noche y de la



niebla?...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Asombrado quedé oyendo así hablar al ave-  
chucho,  
si bien su árida respuesta no expresaba poco  
o mucho;  
pues preciso es convengamos en que nunca  
hubo criatura  
que lograrse contemplar  
ave alguna en la moldura de su puerta enca-  
ramada,  
ave o bruto reposar  
sobre efigie en la cornisa de su puerta, cince-  
lada,  
con tal nombre: «¡Nunca más!»

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efi-  
gie aquella,  
sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en  
ella  
vinculada—ni una pluma sacudía, ni un

acento  
                    se le oía pronunciar...  
Dije entonces al momento: «Ya otros antes se  
                    han marchado,  
                    y la aurora al despuntar,  
                    él también se irá volando cual mis sueños  
                    han volado.»  
                    Dijo el cuervo:»¡Nunca más!»

                    Por respuesta tan abrupta como justa sor-  
                    prendido,  
                    «no hay ya duda alguna—dije—lo que dice  
                    es aprendido;  
                    aprendido de algún amo desdichoso a quien  
                    la suerte  
                    persiguiera sin cesar,  
                    persiguiera hasta la muerte, hasta el punto  
                    de, en su duelo,  
                    sus canciones terminar,  
                    y el clamor de la esperanza con el triste ri-  
                    tornelo  
                    de jamás, ¡y nunca más!»

Mas el cuervo, provocando mi alma triste a  
la sonrisa  
mi sillón rodé hasta el frente al ave, al busto,  
a la cornisa;  
luego, hundiéndome en la seda, fantasía y  
fantasía  
dime entonces a juntar,  
por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso  
de un pasado inmemorial,  
aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre  
y odioso  
al graznar: «¡Nunca jamás!»

Quedé a questo, investigando frente al cuervo  
en honda calma,  
cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho  
y alma.  
Esto y más—sobre cojines reclinado—con  
anhelo  
me empeñaba en descifrar,

sobre el rojo terciopelo do imprimía viva  
huella  
luminoso mi fanal—  
terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá  
ella  
a oprimir—¡Ah! ¡Nunca más!

Pareciome el aire entonces,  
por incógnito incensario  
que un querube columpiase  
de mi alcoba en el santuario,  
perfumado—«Miserable sér—me dije—Dios  
te ha oído  
y por medio angelical,  
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de  
Leonora  
te ha venido hoy a brindar:  
¡bebe! bebe ese nepente, y así todo olvida  
ahora.

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Eh, profeta—dije—o duende,

mas profeta al fin, ya seas  
ave o diablo—ya te envíe  
la tormenta, ya te veas  
por los ábregos barrido a esta playa,  
desolado  
pero intrépido a este hogar  
por los males devastado,  
dime, dime, te lo imploro:  
¿Llegaré jamás a hallar  
algún bálsamo o consuelo para el mal que  
triste lloro?»  
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Oh, profeta—dije—o diablo—Por ese ancho  
combo velo  
de zafir que nos cobija, por el mismo Dios  
del Cielo  
a quien ambos adoramos, dile a esta alma  
adolorida,  
presa infausta del pesar,  
si jamás en otra vida la doncella arrobadora  
a mi seno he de estrechar,

la alma virgen a quien llaman los arcángeles  
Leonora!»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Esa voz,  
oh, cuervo, sea  
la señal  
de la partida,  
grité alzándome:—¡Retorna,  
vuelve a tu horrible guarida,  
la plutónica ribera de la noche y de la bru-  
ma!...

de tu horrenda falsedad  
en memoria, ni una pluma dejes, negra, ¡El  
busto deja!

¡Deja en paz mi soledad!  
Quita el pico de mi pecho. De mi umbral tu  
forma aleja...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la  
escultura,

sobre el busto que ornamenta de mi puerta  
la moldura...  
y sus ojos son los ojos de un demonio que,  
durmiendo,  
las visiones ve del mal;  
y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arro-  
ja, trunca  
su ancha sombra funeral,  
y mi alma de esa sombra que en el suelo flo-  
ta... ¡nunca  
se alzaré... nunca jamás!  
fin